

Soy católico, pero....

Todo el mundo dice: soy católico, pero no soy intransigente, conozco la verdad, pero los tiempos, las circunstancias, la fuerza de las cosas obligan a transigir y arrojarse al sol que más calienta: es decir, conozco que don Quijote tiene razón, pero voto con Sancho Panza.

He aquí una verdad tristísima, pero una gran verdad una verdad: que se palpa.

La mayor parte de España es católica. Grandes banqueros, ricos comerciantes, hombres distinguidos en el mundo de la ciencia, de las artes, de la política, de la magistratura, de las armas, las llamadas fuerzas vivas de la nación; cuanto tiene, cuanto sirve, cuanto puede, cuanto vale, en su mayoría, va a misa y cree; es decir, que reconoce a Cristo como Salvador del mundo; reconoce que en su doctrina está la salvación de ese mismo mundo; y sin embargo el catolicismo no triunfa.

¿Por qué?

Porque al llegar a la aplicación de esa doctrina a las instituciones y a las leyes, el ejército católico, ese ejército que tiene, que sirve, que puede, que vale; no obstante su riqueza, su valor, su influencia y su poder, transige y se acomoda a partir el hijo como la falsa madre del juicio de Salomón; y alegando que la política no tiene nada que ver con la religión; que hay dos liberalismos uno bueno y otro malo; que se puede ser muy buen católico y pertenecer a los partidos liberales, deja y aun apoya a esos partidos liberales para que consecuentes con sus funestos principios de libertad de enseñanza, libertad de imprenta, tolerancia de cultos y demás libertades de perdición, llenen a España de catedráticos impíos, periódicos blasfemos, logias masónicas, escuelas laicas y pocilgas protestantes.

Pero hacéis la oración por pasiva; proponed a esos hombres tan flexibles en política y religión que desvíen un milímetro la marcha de cualquier asunto mercantil o económico que afecte sus intereses particulares y le veréis intransigentes como fieras.

Luego es evidente que aquí hay un mal grave que no está en la cabeza sino en el corazón; que ese mal es el espíritu de componenda, de transacción, de acomodamiento, hijo primogénito del espíritu de egoísmo que no por caridad sino por conveniencia; que no por amor de Cristo y deseo de extender su reino, sino por amor de sí mismo y deseo de asegurar la paz, la tranquilidad el orden social, los intereses; en una palabra, por espíritu negociador, clama por la unión de los católicos, armando cada día un embrollo que en vez de unirnos nos desune más impo-

sibilitando el triunfo de la verdad entera de la verdad del dos y dos cuatro fuera de la cual no hay salvación; pues ya vemos como nos ha puesto la verdad del dos y dos tres y medio; o sea la verdad partida.

¿Y qué más se deduce ahora?

¡Ah! no se necesita gran perspicacia para comprenderlo. Se deduce en último término la necesidad absoluta de sostenernos cada día más firmes en el campo de la intransigencia; y en vez de abrir la mano sumando, restar y restar como Gedeón, aunque llegue el tristísimo caso de no quedar trescientos combatientes.

«Que es un dolor dividir las fuerzas.

Más dolor es tocar el violón; que a eso se reduce el candoroso deseo de agrandar el ejército de Cristo con soldados que no disparan el fusil.

«Es que esos soldados no quieren hacer ruido; y forman en las filas del enemigo, para mejor engañarlo... hacerle prisionero...»

Basta; todo eso ya es viejo... y nosotros también.

«Es que el deseo de Su Santidad... la necesidad de prescindir de lo político... de distinguir...»

Basta sabemos también lo que pide Su Santidad y lo que es política y distinciones.

«Es que...»

Basta, basta, basta, basta!

Francoamente; cuando uno oye estos tiquis miquis y estos regateos y levanta luego la cabeza y ve a Jesucristo solo, desnudo y clavado en la Cruz atrayéndolo todo a sí en el momento de entregarlo todo; cuando uno percibe en su espíritu esta lección de intransigencia santa, la más santa y más luminosa que se ha dado sobre la tierra y luego vé lo mal que la hemos apreudido, no puedo menos de exclamar con las lágrimas en los ojos: «Señor; enseñadnos a pensar; enseñadnos a discurrir; hacernos comprender que somos muy torpes cuando después de vuestras sublimes y clarísimas enseñanzas no repetimos todos a una desde la mañana hasta la noche: «Santa intransigencia: Ora pro nobis.»

ADOLFO CLAVARANA.

Firmeza!

¡Nada de transigir! ¡Firme en el puesto!

Como soldado fiel en la trinchera!

¡Nada de pactos! ¡Transacciones fuera!

¿Es esta la verdad? ¡Sigamos así!

Debe hallarse el católico dispuesto
A morir abrazado a su bandera,
Sin dar un paso atrás, que bien pudiera,
Si huye el combate, perecer más presto.

¡A luchar con valor! ¡Venga el templo,
Que el católico brazo se levanta
Alzados a defender con fuerza y brío

Los muros santos de la Iglesia santa.
¡No haya temor, ni os horrorice el duelo,
Que morir por la Iglesia es ir al cielo!

Hasta que truena...

Mientras reina la paz, con o sin justicia; mientras el orden, con más ó menos oculta violencia, se sostiene en pie; mientras humean las chimeneas y circulan los tranvías y corren los trenes (¡sabe Dios con cuántos ignorados sacrificios)... «ande el movimiento», que decia el otro, y vengán negocios y placeres. ¡Vivamos y gocemos! Bella es la vida. Todo anda bien...

—Pero, señor que el enemigo social trabaja á la desesperada y con frutos; que en muchas industrias las condiciones del trabajo son injustas y hasta insostenibles y el descontento que provocan es el mejor auxiliar del enemigo; que la propaganda antisocial está corrompiendo al pueblo; que las cosas no pueden seguir así...

—¡Laissez faire, laissez passer!...

—Pero mire usted que esta situación no puede durar, que los acontecimientos se precipitan, que urge aplicar remedio al mal...

—¡Laissez faire, laissez passer! No se moleste usted más. Todo se arreglará. Ahora tengo mucho que hacer. Mis negocios... mis comodidades...

—Señor, que la casa arde!

—Espere usted un momento...

Y cuando, en efecto, las clases directoras empiezan a chamuscarse, y los conflictos sociales estallan, y los negocios y las comodidades, y la misma seguridad personal se ponen en peligro...

Entonces todo se les vuelve correr y gritar clamando auxilio.

Entonces se olvidan de la demolidora fórmula del liberalismo económico, que tantísimos estragos ha causado y causa...

Entonces todo se les vuelve correr y hombres y entidades principales, intervienen, con más o menos acierto, en los conflictos, encomendando su solución a la diplomacia, a la equidad... o a la Guardia civil.

¡Tan fácil que sería evitarlos muchísimas veces si los esfuerzos que se emplean para su posterior arreglo, se aplicaran antes a estudiar bien esos conflictos, á evitar sus causas, o a removerlas con obras de justicia y de caridad social!

La venganza del caballo

No me acuerdo donde ha ocurrido el hecho, ni importa para el caso.

Un automóvil, cargado de gente vestida con esos feísimos trajes que se usan para evitar el polvo, corría a toda velocidad por una carretera y se encontró detenido por un caballo que

andaba solo y pensadamente por el mismo camino.

El conductor del automóvil tocó la bocina para que el cuadrúpedo se apartara, pero éste se hizo el sordo, pensando como el batarro del cuento al oír el silbido de una locomotora: «¡Chifla, chifla! ¡cómo no t' apartes tál!»

Y no quiso apartarse para dejar paso al vehículo, considerando quizá que tanto derecho tienen para ir por las carreteras los caballos como los automóviles.

El conductor, cansado de tocar inútilmente la trompa, torció hacia un lado del camino y pasó rozando al caballo y echando aquél humo y olor desagradables propios de esta clase de carruajes.

Pero el bruto—el caballo, no el chauffeur—no quiso desaprovechar la ocasión y en el mismo instante en que el automóvil aparejaba con él, le disparó tal coz en el volante, que, perdida la dirección, fué el carruaje, haciendo esas como un borracho, a precipitarse en la cuneta de la carretera.

Alguien dirá tal vez que este echo significa la venganza de lo pasado contra lo presente o lo porvenir.

Y digo yo: ¿por qué no ha de significar la protesta de lo bello contra lo feo?

La coz del caballo puede también representar un castigo contra las injusticias de los hombres.

El caballo, como otros seres hermosos y nobles, ha sido sacrificado ante lo simplemente útil, y hasta en ocasiones ante lo estúpidamente útil.

Los hombres de ahora no piensan más que en el valor de las cosas... cambiadas por dinero.

Cuentan de un viajero que al preguntarle su opinión sobre una catedral, hermósísima ejemplo del Arte gótico, exclamó no por espíritu de anticlericalismo, sino de utilitarismo ¡Vaya unas bodegas que podrían instalarse aquí!

A esa gente, que al mirar, por ejemplo, las cataratas del Niágara sólo piensa en los caballos de fuerza que desarrolla la caída del agua, no les está mal de cuando en cuando una advertencia de lo pasado.

Aunque sea en forma de coz de caballo.

Porque hay muchos que no merecen ser tratados de otra manera ni entienden otra clase de indirectas.

CONSTANTE.

Humildad

Es el establo mismo en que se hallaban potro y mula de un asno se movían y él a carcajadas se reían porque ambos con orgullo pretendían pertenecer a la flamante y fina aristocracia de la raza equina.